

462. *Curaciones lentas.*—Las enfermedades crónicas del cuerpo, como las del alma, rara vez provienen de un solo y grave exceso, sino que por lo general tienen su origen en innumerables negligencias menudas, casi imperceptibles. Por ejemplo, el que día por día, en grado insignificante, respira demasiado débilmente y aspira una cantidad de aire demasiado escasa en los pulmones, de modo que no los exige el esfuerzo suficiente y no los ejercita lo bastante, acaba por adquirir una *pneumonía crónica*. En estos casos la curación no puede conseguirse más que corrigiendo insensiblemente los hábitos nocivos por medio de costumbres contrarias y de ciertos pequeños ejercicios, por ejemplo, imponiéndose la regla de aspirar fuerte y profundamente cada cuarto de hora (para lo cual es útil una repetición de cuartos), si es posible, tendiéndose á la larga en el suelo.

Todas estas curaciones son lentas y minuciosas, y el que quiere curar su alma debe cambiar también hasta sus más pequeños hábitos. Uno dirige diez veces al día una palabra glacial y maligna á los que le rodean y no lo da importancia alguna, sin pensar en que al cabo de algunos años se ha creado un hábito que en lo sucesivo le obliga á indisponerse diez veces al día con los que le rodean. Pero también puede acostumbrarse á hacerles diez beneficios.

463. *El séptimo día.*—¿Alabáis esto como obra mía? ¡No he hecho más que arrancar de mí lo que me importunaba! Mi alma se ha elevado por encima de la vanidad de los creadores. ¿Alabáis en esto mi resignación? No hice más que arrancar de mí lo que importunaba. Mi alma se ha levantado por encima de la vanidad de los resignados.

464. *Pudor del que da.*—¡Se echa de ver tal falta de generosidad en el que desempeña sin cesar el papel del que da y reparte sus beneficios á la vista de todos! Lo que se debe hacer es dar y difundir los beneficios ocultando el nombre y el favor. O bien no tener nombre siquiera, como la naturaleza ciega que es lo que más nos conforta, porque no encontramos allí alguien que da y distribuye sus beneficios, alguien «de semblante benévolo». Verdad es que también habéis echado á perder esa confortación introduciendo un Dios en la naturaleza con lo cual todo pierde su libertad y cae en la sujeción. ¿Cómo? ¿No tendremos nunca el derecho de estar solos con nosotros mismos? ¿Estaremos siempre vigilados, guardados, importunados, gratificados? Si hay siempre alguien alrededor de nosotros será imposible en el mundo la mayor parte del valor y de la bondad. ¿No valdría más darse á todos los diablos ante esa indiscreción del cielo, ante ese vecino inevitable y sobrenatural? Pero no es necesario, todo eso ha sido un sueño. ¡Despertémonos, pues!

465. *Al encontrarse.*—A. ¿Qué miras; te veo parado hace mucho tiempo. B. Miro siempre la misma cosa, que siempre es nueva para mí. El interés que me inspira una cosa hace que la persigue hasta tan lejos, que acabo por llegar al fondo de ella y advertir que no valía la pena del trabajo que me he tomado. Al final de todos estos experimentos hay una especie de tristeza y de estupor. Esto me sucede lo menos tres veces al día.

466. *Inconveniente de la gloria.*—¡Qué ventaja la de poder hablar á los hombres como un desconocido! Los dioses nos arrebatan la mitad de nuestras virtu-

des al arrebatarnos el incógnito haciéndonos célebres.

467. *Doble paciencia.*—«También tú apesadumbras á muchos.» Lo sé y sé también que he de padecer dos veces; una á causa de la compasión que su dolor me inspira, otra con la venganza que tomarán de mí. Pero, con todo, es necesario que yo proceda de este modo.

468. *El imperio de la belleza es mayor.*—Así como nos paseamos por la naturaleza, curiosos y satisfechos, queriendo sorprender en cada cosa su belleza peculiar como en flagrante delito, y unas veces al sol, y otras bajo un cielo tempestuoso, nos esforzamos en ver en un trozo de la costa, con sus rocas, sus bahías, sus olivos y sus pinos, el espectáculo de la perfección y de la obra maestra. Del mismo modo deberíamos pasearnos entre los hombres, como exploradores é inquisidores haciéndoles bien y mal para que se revele la belleza que les es peculiar, soleada en uno, tempestuosa en otro, manifestada en un tercero á media luz y bajo un cielo de lluvia. ¿Es ilícito gozar con un hombre malvado como con un paisaje silvestre que posee sus propias líneas audaces y sus efectos de luz, cuando ese mismo hombre, dándose como bueno y ajustado á la ley aparece á nuestros ojos como un error de dibujo ó una caricatura y nos hace padecer como una mancha de la naturaleza? Es cierto que eso es cosa prohibida, pues hasta ahora sólo se ha considerado lícito buscar la belleza en lo que es moralmente bueno, lo cual es razón suficiente para que se hallaran tan pocas cosas bellas y hubiese que perseguir bellezas imaginarias, sin carne ni hueso. Así como entre los malos

existen cien clases de felicidad que no sospechan los buenos, hay entre ellos cien clases de belleza, muchas de las cuales no han sido descubiertas todavía.

469. *Inhumanidad del sabio.*—Junto á la marcha pesada del sabio que lo aplasta todo, y que, como dice el himno budhista: «Camina solitario como el rinoceronte», hace falta de vez en cuando una muestra de humanidad conciliadora y dulce; no sólo esos pasos acelerados ni esos rasgos de ingenio familiares, no sólo esas agudezas y esa ironía, sino cierta contradicción y un retorno momentáneo á los absurdos dominantes. Para que no parezca un rodillo de apisonar que avanza ciego como el destino, el sabio que quiere enseñar debe aprovechar hasta sus defectos para adornarse á sí mismo. Al decir: ¡despreciadme! implora la gracia de ser el defensor de una verdad usurpada. Quiere conducirnos á las montañas, y puede poner en peligro vuestra vida; por eso os autoriza voluntariamente para tomar venganza, antes ó después, de semejante guía. A este precio compra la satisfacción de caminar delante de todos como jefe de fila. ¿Recordáis lo que se os ocurrió un día que os condujo al través de una caverna oscura, por un sendero escurridizo? Vuestro corazón palpaba y se decía á sí mismo: «Este guía podría hacer algo mejor que trepar por aquí. Pertenece á la especie de los perezosos llenos de curiosidad; no le demos demasiada importancia aparentando que le concedemos gran valor mientras le seguimos.»

470. *En el banquete de la multitud.*—¡Qué dicha la de ser alimentados como los pájaros, por la mano de un solo hombre, que arroja el grano sin mirar de cer-

ca á quien lo da, sin saber exactamente si son dignos los que lo reciben! Vivir como un pájaro que viene á tomar el sustento y luego echar á volar sin llevar un nombre en el pico! ¡Mi deleite es saciarme así en el banquete de la multitud!

471. *Otra clase de amor al prójimo.*—El movimiento agitado, ruidoso, desigual, nervioso, no es propio de las grandes pasiones; éstas permanecen en lo hondo del hombre como un brasero silencioso y oculto, y acumulando allí todo su calor y todo su ímpetu, permiten al hombre mirar lo exterior con frialdad é indiferencia, y prestan á sus facciones cierta impassibilidad. Hombres tales son capaces de manifestar amor al prójimo llegada la ocasión, pero este amor es muy otro del de las personas sociables y amigas de agradar; se manifiesta en una dulce benevolencia contemplativa y serena. Estos hombres miran, en cierto sentido, desde lo alto de su torre, que es su fortaleza y al par su prisión. La mirada que echan á lo de fuera, á lo que es extraño y diferente ¡les hace tanto bien...!

472. *No vindicarse.*—A. Pero, ¿por qué no quieres vindicarte? B. Podría hacerlo en eso y en otras mil cosas, pero desprecio el placer que hay en la justificación, pues todo eso me importa poco, y prefiero llevar una mancha á dar á gentes mezquinas el perdido placer de decirse: «Da mucha importancia á estas cosas.» Y eso no sería verdad. Acaso se necesitaría que yo me diese mayor importancia á mí mismo, para creerme en el caso de rectificar las ideas falsas que se formen de mí los demás, pero soy demasiado indiferente y demasiado indolente en lo relativo á mí mismo, y á los resultados de mis actos.

473. *Dónde conviene construir nuestra casa.*—Si te sientes grande y fecundo, en la soledad; la compañía de los hombres te empequeñecería y te volvería estéril, y á la inversa. Allí donde sientas una poderosa dulzura como la de un padre, allí donde se apodere de ti ese sentimiento, es donde debes levantar tu casa, sea en la soledad ó entre la multitud bullidora. *Ubi pater sum, ibi patria.*

474. *Los únicos caminos.*—«La dialéctica es el único camino para llegar al ser divino, para penetrar detrás del velo de la experiencia;» esto es lo que sostenía Platón con tanta pasión y tanta solemnidad, como sostenía Schopenhauer lo contrario, y ambos se engañaron, pues no existe camino hacia aquello en dirección á lo cual quieren señalarlo. Todas las grandes pasiones de la humanidad, ¿no fueron hasta ahora pasiones por la nada? Y todas las solemnidades de la humanidad, ¿no fueron solemnidades por una nada?

475. *Hacerse pesado.*—No le conocéis; puede atarse muchos pesos, y, sin embargo, levantarlos todos á las alturas. Y juzgáis con arreglo á vuestro menguado empuje, que quiere permanecer abajo, cuando se suspende esos pesos.

476. *La fiesta de la cosecha de la vida.*—La experiencia, los acontecimientos de la vida, las meditaciones sobre ellos, los ensueños que provocan esas meditaciones, crecen y se acumulan día por día, formando una riqueza inmensa y tentadora. La contemplación de esa riqueza da vértigos; ¡no comprendo cómo se puede llamar bienaventurados á los pobres de espíritu! Mas les envidio á veces, cuando estoy fatigado,

pues la administración de semejante riqueza es difícil, y esta dificultad puede amargarnos toda la dicha. ¡Ay! ¡Si pudiéramos contentarnos con contemplar ese tesoro! ¡Si fuésemos el avaro del propio conocimiento!

477. *Emancipado del excepticismo.*—A. Otros salen de un universal excepticismo aburridos y débiles, roídos y apolillados, y hasta corroidos hasta la mitad; pero yo salgo más valiente y más sano que nunca, con instintos reconquistados. Cuando la brisa es cortante, la mar alta, y no hay peligros pequeños que vencer, me siento á mis anchas. No me he convertido en gusano, aunque muchas veces he tenido que trabajar y roer como un gusano. B. Es que has dejado de ser excéptico puesto que *niegas*. A. Y por lo mismo, he aprendido de nuevo á *afirmar*.

478. *No nos detengamos.*—No le molestéis. Dejadle en su soledad. ¿Queréis quebrarle enteramente? Se ha rajado como un vaso en que se echa un líquido demasiado caliente. ¡Y era de una materia tan preciosa!

479. *Amor y veracidad.*—Por la fuerza del amor nos hemos vuelto peligrosos criminales respecto de la verdad; encubridores habituales que proclaman más verdades que las que admiten. Por eso conviene que el pensador ponga en fuga de vez en cuando á las personas que ame (que no serán precisamente las que le amen á él), á fin de que muestren su aguijón y su maldad y dejen de *seducirle*. Por eso la bondad del pensador debe tener su cuarto creciente y su cuarto menguante.

480. *Inevitable.*—Sucédaos lo que quiera; el que no

os quiera bien hallará en ello un pretexto para empedreñeceros. Experimentaréis los más profundos trastornos en la inteligencia y en el conocimiento, llegaréis, por fin, como convalecientes, con una melancólica, sonrisa á la libertad y á la luz silenciosa; no faltará uno que os diga: «El que hace de su enfermedad un argumento, de su impotencia la demostración de la impotencia de todos, es bastante vanidoso para enfermar por gusto á fin de sentir la preponderancia del dolor.» Y suponiendo que uno rompa sus ligaduras y al hacerlo se hiera profundamente, habrá siempre alguien que aluda á ello en broma: «¡Que torpe es—dira—si eso tenía que sucederle á un hombre que estando habituado á sus ligaduras, es tan loco que las rompa!»

481. *Dos alemanes.*—Si comparamos á Kant y Schopenhauer con Platón, Spinoza, Pascal, Rousseau, Göethe, no en el ingenio, sino en el alma, se advertirá que los dos primeros pensadores quedan en posición desfavorable: sus ideas no representan la historia de un alma apasionada, no hay en ellas una novela que adivinar, nada de crisis, de catástrofes, de horas de angustia; su pensamiento no es al mismo tiempo la biografía involuntaria de un alma; en el caso de Kant es la de un cerebro, y en el caso de Schopenhauer la descripción y el reflejo de un carácter (de un carácter inmutable), y en ambos el placer que produce por sí mismo el espejo, es decir, la alegría de hallar una inteligencia de primer orden. Kant se nos presenta, al transparentarse detrás de sus ideas, honrado en toda la extensión de la palabra, pero insignificante; carece de amplitud y de potencia; ha *vivido pocas cosas*, y su manera de trabajar le roba el tiempo que necesitaría para vivir: no hablo, entiéndase bien, de groseros

acontecimientos exteriores, sino de las oscilaciones y los destinos á que está sujeta el alma más solitaria y silenciosa, cuando tiene sus ocios y se consume en la pasión y en la meditación. Schopenhauer tiene cierta ventaja sobre aquél. Posee al menos cierta fealdad violenta del carácter, en el odio, en los deseos, en la vanidad, en la desconfianza; tiene inclinaciones más feroces. y por su parte tuvo tiempo y ocios para permitirse esa ferocidad. Pero le faltaba la *evolución*, lo mismo que faltaba á su círculo de ideas; no tenía *historia*.

482. *Elegir las compañías.*—¿Es pedir demasiado buscar la compañía de hombre que se han vuelto dulces, de gusto agradable y *nutritivos* como las castañas puestas á asar en sazón y retiradas á tiempo del horno; de hombres que esperan poco de la vida y prefieren aceptarla como un regalo á merecerla, como si los pájaros y las abejas se la trajeran; de hombres que son demasiado orgullosos para sentirse jamás recompensados y demasiado serios en su pasión por el conocimiento y la rectitud para tener tiempo y gusto que consagrar á la gloria? A estos hombres llamamos filósofos, pero ellos siempre encuentran para sí un nombre más modesto.

483. *Estar harto del hombre.*—A. Busca el conocimiento, sí, pero siempre como hombre. ¿Cómo? ¿Ser siempre espectador de la misma comedia, desempeñar siempre un papel en ella? ¿No poder contemplar las cosas de otro modo que con estos mismos ojos? ¿Qué de seres innumerables debe de haber, cuyos órganos sean más aptos para el conocimiento! ¿Qué es lo que la humanidad acabará por hallar al final de todo su cono-

cimiento? Sus órganos. Esto quiere decir acaso: imposibilidad del conocimiento. ¡Qué miseria, qué asco! B. Estás en un momento malo; la razón te acosa. Pero mañana volverás de lleno al conocimiento y con él de lleno á la sinrazón, es decir, al júbilo que te causa todo lo humano. ¡Ven á la orilla del mar!

484. *Nuestro camino.*—Cuando damos el paso decisivo y emprendemos un camino que es *nuestro camino* se nos revela de repente un secreto: todos los que eran nuestros amigos y familiares, todos se habían arrogado hasta entoces una superioridad sobre nosotros y se sienten súbitamente ofendidos. Los mejores son indulgentes y esperan con paciencia que volvamos al «camino derecho»; ¡el que ellos conocen tan bien! Los otros se burlan y creen que somos víctimas de un acceso de locura pasajera, ó acusan amargamente al que nos ha seducido. Los peores nos declaran locos y buscan el medio de recriminar los motivos de nuestra conducta; el peor de todos ve en nosotros el peor de sus enemigos, á quien una larga sujeción ha llenado de sed de venganza, y nos tiene miedo. ¿Qué hacer? Esto: inaugurar nuestro reinado concediendo de antemano un año de plena amnistía á nuestros amigos por toda clase de delitos.

485. *Perspectivas lejanas.*—A. Pero ¿á qué esta soledad?—B. No estoy incomodado con nadie, mas cuando estoy solo me parece que veo mejor á mis amigos, que les veo á una luz más favorable que cuando estoy á su lado. Cuando gustaba más de la música y cuando la sentía con mayor exactitud era cuando vivía lejos de ella. Parece que me son necesarias las perspectivas lejanas, para pensar bien de las cosas.

486. *El oro y el hambre.*—Aquí y allá damos con un hombre que convierte en oro cuanto toca. Día llegará en que descubra que se expone á morir de hambre. Todo lo que le rodea es brillante, soberbio, ideal, inaccesible, y por eso aspira ya á encontrar cosas que le sea absolutamente imposible transmutar en oro. ¡Con qué violencia se pone á desearlo! Con el ansia con que el que se muere de hambre aspira al alimento! ¿De qué echará mano?

487. *Vergüenza.*—El hermoso corcel piafa y relincha deseoso de emprender la carrera, esperando impaciente al que le monta de ordinario; pero ¡oh vergüenza! El jinete no puede colocarse en la silla; está cansado. Esta es la vergüenza que el pensador fatigado siente delante de su propia filosofía.

488. *Contra la prodigalidad en el amor.*—¿No nos sonrojamos al sorprendernos en flagrante delito de una aversión violenta? Lo mismo deberían sonrojarnos nuestras simpatías excesivas, por la injusticia que hay en ellas. Más todavía: hay hombres cuyo corazón se oprime y que se sienten molestos cuando alguno les prodiga sus simpatías, quitándoselas á los demás; cuando comprenden en la voz que son ellos á quienes se distingue y se prefiere. ¡Ay! No soy agradecido para esta clase de preferencias; guardo rencor al que quiere distinguirme así; no quiero que me amen á costa de los demás. ¡Me cuesta trabajo contenerme, y, á veces, mi corazón se desborda y hay razones para mi petulancia. ¡Al que posee esto, no se le debe dar lo que á otros es necesario, amargamente necesario!

489. *Conflicto entre amigos.*—Nos ocurre á veces observar que alguno de nuestros amigos se lleva mejor con otro de nuestros amigos que con nosotros mismos, que su delicadeza padece al tener que elegir y que su egoísmo no está á la altura de esa decisión; entonces debemos facilitarle la separación y hasta ofenderle para separarle de nosotros. Lo mismo debemos hacer cuando adoptamos un modo de pensar que sería funesto para él; es menester que nuestro afecto hacia él nos impulse á darle, mediante una injusticia que echamos sobre nosotros, la tranquilidad de conciencia que le permita dejarnos.

490. *Las pequeñas verdades.*—«Conocéis todo eso pero no lo habéis experimentado, no acepto vuestro testimonio.—¡Oh, las pequeñas verdades! «Os parecen pequeñas porque no las habéis pagado con vuestra sangre!»—¿Pero serían grandes por haberlas pagado caras? ¿Vale demasiado cara la sangre? ¿Lo creéis así? ¡Qué avaros sois de vuestra sangre!

491. *La razón de la soledad.*—A. ¿Quieres tornar á tu desierto? B. No soy expedito, tengo que aguardarme á mí mismo; cada vez tarda más el agua del pozo de mi *yo* en subir al nivel, y muchas veces padezco sed más tiempo del que me dura la paciencia. Por eso vuelvo á la soledad, por no beber en las cisternas que están para el uso de todos. En medio de la multitud vivo como la multitud y no pienso como yo pienso; al cabo de algún tiempo tengo el presentimiento de que me quieren desterrar de mí mismo y robarme el alma, y me pongo á odiar y á temer á todo el mundo. Entonces tengo necesidad del desierto para volver á ser bueno.

492. *Bajo los vientos del Sur.* — A. ¡No me entiendo á mí mismo!; ayer sentía en mí la tempestad, algo cálido, soleado y lleno de claridad. ¡Pero hoy! Todo me parece tranquilo, vasto, melancólico y sombrío como la laguna de Venecia; no deseo nada y lanzo un suspiro de satisfacción; pero, con todo, estoy indignado de esa falta de voluntad; las dudas cabrillean aquí y allá en el lago de mi melancolía. B. Describes una indisposicioncilla muy agradable. ¡El próximo viento del Nordeste te la quitará! A. ¿Por qué?

493. *De su propio árbol.* A. No me agradan las ideas de ningún pensador tanto como las mías; verdad es que esto no prueba nada en favor de mis ideas pero sería una locura por mi parte prescindir de frutos sabrosos para mí, sólo porque esos frutos han nacido por casualidad en mi árbol. En otro tiempo hice esa locura. B. A otros les sucede lo contrario y esto no quiere decir nada tampoco respecto del valor de sus ideas ni mucho menos en contra de ese valor.

494. *El último argumento del valiente.* — «En ese matorral hay serpientes». — Bien, voy á penetrar en la maleza á matarlas.—Pero puedes ser tú la víctima sin conseguir que ellas perezcan.— ¡Qué importa yo!

495. *Nuestros maestros.*—Durante la juventud tomamos maestros y conductores en el presente y en la esfera en que el azar nos coloca. Tenemos la convicción infundada de que en el momento presente debe de haber maestros que puedan servirnos mejor que á cualquier otro y que hemos de hallarlos sin buscarlos. Esta niflería nos hace padecer mucho, cuando

pasa el tiempo: *hay que expiar sus maestros en uno mismo.* Entonces se recorrerá acaso el mundo entero, presente y pasado para buscar los verdaderos guías, pero será demasiado tarde quizá. Y en el mejor caso descubriremos que vivían cuando éramos jóvenes y que nos equivocamos en la elección de maestros.

496. *El principio malo.*—Platón demostró maravillosamente, que en toda sociedad constituida, el pensador filosófico tiene que ser considerado fatalmente como el tipo de toda maldad, pues en cuanto crítico de las costumbres morales, es el contrario de todo hombre moral, y si no consigue llegar á ser el legislador de nuevas costumbres morales, su recuerdo quedará en la memoria de los hombres bajo el nombre de «principio malo». Podemos adivinar por ahí el partido que dió la ciudad de Atenas, muy liberal é innovadora, á la reputación de Platón en vida de éste; y ¿qué de extrañío tiene que así fuera, si el filósofo que, como decía él mismo, tenía el instinto político en la masa de la sangre, hizo tres veces una tentativa de reforma en Sicilia, donde se estaba organizando entonces un Estado griego mediterráneo? En ese Estado pensaba hacer Platón con los griegos lo que luego hizo Mahoma con los árabes: reglamentar los usos y costumbres grandes y pequeños y la vida cotidiana de cada hombre. La realización de sus ideas era posible como lo fué la de las de Mahoma: ¿no se ha demostrado que ideas mucho más increíbles todavía, como las del cristianismo, eran realizables? Algún azar de menos ó de más y el mundo hubiese presenciado la platonización del Mediodía europeo, y suponiendo que durase todavía ese estado de cosas, sería probable que adorásemos ahora á Platón como principio del bien. Mas le

falta el buen éxito, y por eso conserva la reputación de un soñador y de un utopista, y eso que los epítetos más duros han desaparecido con la antigua Atenas.

497. *El ojo purificador.*—Se debe hablar de genio, tratándose de hombres como Platón, Spinoza, Goëthe, en los cuales la inteligencia está ligada muy flojamente al carácter y al temperamento, como un ser alado que se separa con facilidad de ellos y que entonces puede volar á grande altura por encima de ellos. Pero, al revés, los que no consiguieron jamás desasirse de su temperamento fueron los que se adornaron con mayor insistencia con su *genio*, los que supieron dar á su temperamento la expresión más espiritualizada, más general y más vasta, una expresión que en determinadas circunstancias puede llamarse cósmica (Schopenhauer, por ejemplo). Estos genios no sabían volar por encima de sí mismos, pero creían hallarse dondequiera que dirigiesen el vuelo. Esta era su grandeza, pues esto *puede* ser grandeza. Aquellos otros pensadores á los cuales se da más exactamente el nombre de genio, poseen el *ojo purificador*, que no parece salir de su temperamento ni de su carácter, sino que, libre de ellos y á veces en una amable contradicción con ellos, considera al mundo como si fuera un Dios y ama á ese Dios. Pero ese ojo tampoco les ha sido dado á ellos de una sola vez. Hay una preparación y un aprendizaje en el arte de ver, y el que tiene verdadera suerte encuentra á tiempo un maestro que le enseña la visión pura.

498. *No exigir.*—¡No le conocéis! Es verdad que se somete con facilidad y libremente á los hombres y las cosas y que tiene bondades para unos y otras; todo

lo que pide es que le dejen tranquilo—pero es á condición de que ni los hombres ni las cosas le exijan la sumisión. Toda exigencia le vuelve orgulloso, áspero y belicoso.

499. *El malo.*—No es malo más que el hombre solitario, exclama Diderot, y en seguida Rousseau se da por aludido y se siente mortalmente agraviado, lo cual significa que se confesaba á sí mismo y reconocía que Diderot tenía razón. Verdad es que todo instinto maligno tiene que imponerse en la sociedad y en las relaciones sociales tal sujeción, y necesita ponerse tantas caretas, acostarse á sí mismo tantas veces en el lecho de Procusto de la virtud, que se podría decir con exactitud que el hombre malvado soporta un martirio. En la soledad desaparece todo esto. El malo lo es todavía más en la soledad y también el mejor—para el que no ve en las cosas más que el espectáculo—lo es con mayor perfección.

500. *A contrapelo.*—Un pensador puede obligarse á sí mismo durante años á pensar á contrapelo, quiero decir, á no seguir los pensamientos que se le ofrecen, viniendo de su interior, sino aquellos á que le sujeta un empleo, una división prescrita del tiempo, ó una manera arbitraria de trabajar. Mas acaba por enfermar, pues esta coacción moral destruye su fuerza nerviosa tan radicalmente como podía hacerlo una vida licenciosa que se hubiese impuesto por obligación.

501. *Almas mortales.*—La más útil conquista que ha podido hacerse con relación al conocimiento es la de haber desechado la creencia en el alma inmortal. Ahora la humanidad tiene el derecho de esperar,

ahora no tiene necesidad de precipitarse ni de aceptar ideas no bien examinadas, como tenía que hacer en otros tiempos. Entonces la salvación de la pobre *alma inmortal*, dependía de sus convicciones durante una breve existencia; le era forzoso decidir de hoy á mañana, y el conocimiento tenía una importancia espantosa. Hemos reconquistado el valor de errar, de ensayar, de adoptar soluciones provisionales—todo esto tiene ya menos importancia—y justamente por eso, individuos y generaciones enteras pueden vislumbrar misiones tan grandiosas, que en lo pasado hubiesen parecido una locura y una burla impía del cielo y del infierno. Tenemos el derecho de hacer experimentos con nosotros mismos. La humanidad entera tiene ese derecho. Los mayores sacrificios no han sido llevados aún al conocimiento; sospechar tales ideas como las que ahora preceden á nuestros actos hubiese constituido antes un sacrilegio y la renuncia á nuestra salvación eterna.

502. *Una sola palabra para tres estados diferentes.*—En uno, la pasión hace sublevarse á la bestia salvaje, horrible é intolerable; otro se eleva mediante ella á una altura, una amplitud y un esplendor en la actitud, que hace parecer mezquina su existencia habitual y acostumbrada; un tercero, cuyo carácter está lleno de nobleza, permanece noble en sus ímpetus y representa en tal estado á la naturaleza salvaje y bella, hallándose un solo grado más abajo de la grande naturaleza tranquila y bella que representa habitualmente, pero los hombres le comprenden mejor en su pasión y le veneran más por estos momentos suyos. Le encuentran entonces un poco más cerca de ellos y se les parece más. Sienten encanto y miedo al

contemplarle y entonces es cuando le califican de divino.

503. *Amistad.*—La objeción contra la vida filosófica de que con ella se vuelve uno inútil para sus amigos, no se le hubiera ocurrido á un hombre moderno; es antigua. La antigüedad sintió profunda y vigorosamente la noción de la amistad y casi se la llevó al sepulcro. En esto nos aventajó, pero en cambio nosotros podemos presentar el amor ideal de los sexos. Todas las grandes cosas que hizo la humanidad antigua encontraron su fuerza en el hecho de que el hombre era amigo del hombre, y de que mujer alguna podía abrigar la pretensión de ser para el hombre objeto del amor más inmediato y más elevado, ni tampoco el objeto único, como lo enseña el sentimiento de la pasión amorosa. Quizá nuestros árboles no crecen tan altos por causa de la hiedra y la vid que se enlazan á ellos.

504. *Conciliar.*—¿Será la misión de los filósofos conciliar lo que el niño ha aprendido con lo que el hombre conoce por virtud de la experiencia? La filosofía sería entonces misión de jóvenes, puesto que éstos son los que están colocados á mitad de camino entre el niño y el hombre maduro y los que experimentan necesidades intermedias? Casi parece que debe de ser así, si se considera en qué edad de la vida acostumbran ahora los filósofos á crear sus concepciones, cuando es demasiado tarde para la fe y demasiado pronto para la ciencia.

505. *Los hombres prácticos.*—A los pensadores nos corresponde el derecho de fijar el buen gusto en todas

las cosas y hasta de decretarlo si es menester. Las gentes prácticas lo toman de nosotros, y su dependencia de nosotros en este punto es infinitamente grande. Semejante espectáculo es de lo más ridículo que puede verse, aunque ellos quieren ignorar esa dependencia y gustan de considerarnos orgullosamente como gentes que carecen de sentido práctico, pero llegarían hasta á despreciar su vida práctica, si nosotros quisiéramos despreciarla, á lo cual podría incitarnos de vez en cuando un pequeño movimiento de venganza.

506. *Necesidad de hacer todo lo bueno.*—¿Debe considerarse una obra de la misma manera que se juzga la época que la ha producido? Pero ¡si nos proporciona más alegría, mayor sorpresa y nos instruye más no considerarla así! ¿No habéis observado que mientras una obra buena y nueva permanece expuesta al aire húmedo de su tiempo es cuando posee menos valor, precisamente porque conserva todavía el olor de la plaza pública, de la oposición, de las opiniones recientes y de todo lo que es perecero del día á la noche? Después se seca, su *vida temporal* se extingue y entonces adquiere su brillo y su perfume, y si es adecuada para ello, la mirada tranquila de la eternidad.

507. *Contra la tiranía de lo verdadero.*—Aunque fuésemos bastante locos para considerar verdaderas todas nuestras opiniones, no deseáramos, sin embargo, que sólo existiesen ellas. No sé por qué habría que desear la omnipotencia y la tiranía de la verdad; basta saber que la verdad posee una gran fuerza. Pero es menester que pueda luchar, que tenga oposición y que de cuando en cuando podamos descansar de ella en lo no verdadero. De no ser así, se volvería

aburrida, sin gracia y sin fuerza, y nos haría semejantes á ella.

508. *No se debe temar un tono patético.*—Aquello que hacemos para sernos útiles á nosotros mismos, no debe reportarnos alabanzas morales, ni ajenas ni propias, ni tampoco lo que hacemos para deleitarnos con nosotros mismos. El buen tono prescribe á los hombres superiores abstenerse en estos casos de tomar un tono patético y de todo lo que huele á patético; el que se habitúa á este buen tono recobra la ingenuidad.

509. *El tercer ojo.*—¿Cómo? ¿Necesitas todavía ir al teatro? Sé formal y busca la tragedia y la comedia donde mejor se representan, en el lugar donde la acción es más interesante y más interesada. Concedo que no es fácil limitarse á ser espectador, pero apréndelo. Y en casi todas las situaciones que te parezcan difíciles y penosas encontrarás una salida hacia la alegría y un refugio hasta cuando seas asaltado por tus propias pasiones. Abre tu ojo del teatro, el tercer ojo que mira al mundo al través de los otros dos.

510. *Huir de sus virtudes.*—¿Qué vale un pensador que no sabe en la ocasión precisa huir de sus virtudes? Pues el pensador debe ser algo más que un ser moral solamente.

511. *La tentadora.*—La probidad es la gran tentadora de todos los fanáticos. Lo que se acercaba á tentar á Lutero en figura de diablo ó de mujer hermosa, y contra la cual se defendió él de un modo tan grosero, debía de ser la probidad, ó quizá fuese, en casos más raros, la verdad.